

Instituto Nacional de Estadística (2006 y 2009): *Encuesta de Tecnologías de la Información en los Hogares*, Madrid: INE. www.ine.es.

Kalton, Graham (2000): «Developments in survey research in the past 25 years», *Survey Methodology*, vol. 26, n.º 1, pp. 3-10.

Körmendi, Eszter (1988): «The quality of income information in telephone and face to face surveys», en R. M. Groves, P. P. Biemer, L. E. Lyberg, J. T. Massey, W. L. Nicholls y J. Waksberg, *Telephone survey methodology*, Nueva York: Wiley, pp. 341-356.

Pasadas del Amo, Sara, Margarita Uribe-Echevarría y Micaela Soria Zambrano (2004): *La telefonía móvil: un nuevo reto para las encuestas telefónicas*, Córdoba: Documento de Trabajo del Instituto de Estudios Sociales de Andalucía, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, IESA 15-04.

Pasadas del Amo, Sara, Micaela Soria Zambrano y Margarita Uribe-Echevarría (2006): «¿Importa el prefijo? Una aproximación a las diferencias territoriales en las pautas de respuesta a las encuestas telefónicas», *Metodología de Encuestas*, vol. 8, pp. 99-108.

Peleiteiro, Isabel y José Andrés Gabardo (2006): «Los hogares "exclusivamente móviles" en la investigación telefónica de audiencia», *Metodología de Encuestas*, vol. 7, n.º 3, pp. 17-40.

Public Opinion Quarterly 2007 Special Issue (2007): *Cell phone numbers and telephone surveyin in the U.S.*, vol. 71, n.º 5.

Rodríguez Esteban, Maite (2008): *Industria Española de Investigación de Mercados y Opinión Pública en 2007*. Tomado de www.aedemo.es (acceso noviembre de 2008).

Stinchcombe, Arthur L. (1981): «Nonresponse Bias for Attitude Questions», *Public Opinion Quarterly*, vol. 45, pp. 359-375.

Sykes, Wendy y Martin Collins (1988): «Effects of mode of interview: experiments in the UK», en R. M. Groves, P. P. Biemer, L. E. Lyberg, J. T. Massey, W. L. Nicholls y J. Waksberg, *Telephone survey methodology*, Nueva York: Wiley, pp. 301-320.

Tourangeau, Roger (2004): «Survey Research and societal change», *Annual Review of Psychology*, vol. 55, pp. 775-801.

Trewin, Dennis y Geoff Lee (1988): «International comparison of telephone coverage», en R. M. Groves, P. P. Biemer, L. E. Lyberg, J. T. Massey, W. L. Nicholls y J. Waksberg, *Telephone survey methodology*, Nueva York: Wiley, pp. 9-24.

Tucker, Clyde y James M. Lepkowski (2008): «Telephone survey methods: adapting to change», en J. M. Lepkowski,

C. Tucker, J. M. Brick, E. D. de Leeuw, L. Japac, P. J. Lavrakas, M. W. Link y R. L. Sangster (eds.), *Advances in telephone survey methodology*, Nueva York: Wiley, pp. 3-26.

Vidal DÍAZ DE RADA

William A. Maloney y Sigrid Robteutscher (eds.)

Social Capital and Associations in European Democracies. A Comparative Analysis

(Oxon-New York, Routledge, 2007)

A día de hoy, el estudio sobre el capital social es seguramente uno de los campos analíticos más fecundos de las ciencias sociales. Desde hace bastantes años, la producción científica dedicada a tratar esta cuestión se ha multiplicado considerablemente. La razón principal de este auge es debido, posiblemente, al estudio clásico de Robert Putnan sobre la democracia en Italia. Allí, el autor estadounidense consiguió formalizar de una manera sencilla una ecuación que relacionaba de una vez la calidad de la democracia, la participación en asociaciones y la confianza de la ciudadanía en la sociedad. Con esa fórmula, Robert Putnan abrió un camino muy fecundo para la investigación social y, desde entonces, se pueden contar por centenares los trabajos dedicados a este tema.

Desde esta perspectiva, el papel que muchos analistas e investigadores han dado a las asociaciones en el entramado democrático ha sido enorme. Pero no sólo deberíamos pensar en la academia. Fuera de ella, las administraciones e

instituciones internacionales han incorporado el mismo planteamiento, incentivando numerosas políticas públicas destinadas a fomentar y favorecer el asociacionismo entre la ciudadanía. Si resumimos la hipótesis de partida, podríamos decir que cuantos más ciudadanos estén asociados o sean miembros de asociaciones, encontraremos una sociedad democrática más vigorosa, como ya escribía hace casi doscientos años Alexis de Tocqueville, que es el referente histórico más laureado al hablar de capital social.

El capital social no es un término inventado por Robert Putnan. Antes que él, sobre todo, Bourdieu y Coleman habían trabajado ampliamente sobre el término. Si hoy Putnan sobresale como referencia al hablar de capital social es porque su análisis resolvía el problema desde el individualismo metodológico, lo que ha permitido abordar la cuestión con el arsenal empírico ampliamente desarrollado por la ciencia política. El capital social se pudo operacionalizar en tales términos que permitía entender la confianza y el asociacionismo como problemas racionales de un individuo. De esta manera, las implicaciones y consecuencias de que en una comunidad hubiera más o menos capital social se podían relacionar con el funcionamiento de las instituciones democráticas. Aquí no es el momento de profundizar esta discusión, sino contar que el libro reseñado no es un trabajo más sobre capital social, sino un extraordinario trabajo empírico que busca conocer bien el problema del asociacionismo desde las propias estructuras de las asociaciones y no desde los individuos que forman parte de ellas.

Ciertamente, por mucho que los investigadores intenten evitarlo, su perspectiva bebe del pro-

blema del capital social tal y como lo conocemos desde Putnan. No se salen, en este sentido, del individualismo metodológico. Sería un error pensar que la realización de una encuesta a una asociación se aleja de esa perspectiva. Por mucho que la consideremos como una organización, en la investigación ha sido tratada como un individuo. Desde aquí puede que los resultados de esta magnífica obra colectiva no rindan bien cuentas a la metodología empleada. Sin embargo, el trabajo empírico realizado, dentro de la tradición del individualismo metodológico, es extraordinario.

El libro es una muestra ejemplar de lo que es una investigación internacional, en la que participan 21 investigadores de ocho nacionalidades distintas, liderada por William Maloney y Sigrid Robteutscher. El estudio es meritorio, más si cabe, porque resuelve de una manera ingeniosa la muestra de las asociaciones que sirven para el análisis. Se concentran en seis ciudades europeas y realizan un trabajo de campo muy amplio y cuidado, lo que permite contar con un número elevado de asociaciones en cada una de las ciudades, no sólo las que oficialmente aparecen en los registros de las administraciones, sino cualquier grupo que formalmente se hubiera constituido en asociación. Esta muestra permite tener una visión del mundo asociativo tremendamente heterogénea y diversa, casi como si se hubiera hecho un censo, lo cual facilita el posterior análisis y afianza las conclusiones a las que llega el equipo de investigación, además de las legítimas generalizaciones que se realizan.

El problema principal al que se quiere responder es hasta qué punto la participación en las

asociaciones es efectivamente un instrumento eficaz para estimular la participación de los individuos, y hasta qué punto esa participación se ve influenciada por los rasgos estructurales de las asociaciones (p. 68). Una pregunta que ha estado en el imaginario de todos los investigadores alrededor del capital social y que los 21 investigadores que se concentran en este libro han tratado ampliamente, en contraste con las tesis más difundidas sobre la naturaleza del asociacionismo.

La perspectiva que nos ofrece la investigación es en este sentido novedosa. El objetivo es diseccionar las asociaciones por dentro y verificar muchas de las teorías escritas sobre el capital social, basadas en gran medida en la idea de que las asociaciones son buenas para la participación y la democracia en general. Es cierto que antes ya algunos investigadores plantearon la necesidad de diferenciar, al menos, el tipo de asociación, porque no todas tenían la misma influencia sobre la participación de los individuos y, por ende, sobre la democracia (Jan van Deth, Ken Newton o Laura Morales, entre otros). Pero, posiblemente, éste sea el primer trabajo que ofrece un análisis sistemático y de forma comparada sobre el problema de las asociaciones. Poco a poco, el libro va desgranando diferentes dimensiones, recogidas a lo largo de los trece capítulos de que consta el volumen, que nos permiten hacernos una idea clara y contrastada del mundo asociativo a la luz de las teorías sobre las asociaciones al uso, como, por ejemplo, la teoría normativa de Mark Warren o la del propio Robert Putnan.

La primera conclusión que ofrece el estudio es sorprendente. Sugiere la posibilidad de que

haya un punto de equilibrio en el número de asociaciones posibles dentro de una comunidad. Esta conclusión ofrece alternativas a la idea muy afianzada de que el número de asociaciones en una comunidad influye sobre la salud de las instituciones democráticas, lo que ha impulsado la creencia de que es necesario aumentar su cuantía. El libro es atravesado por esa hipótesis, expuesta de forma sencilla por Maloney y Robteutscher en el segundo capítulo, según la cual hay que tener muy en cuenta la relación entre el número de asociaciones y el número de miembros activos. En algunas ciudades hay más asociaciones, pero en otras hay un mayor número de miembros activos. Los investigadores nos sugieren si esto no será una manera de equilibrio sistémico, donde en unos entornos determinados es más fácil incrementar la oferta participativa aumentando el número de asociaciones, mientras que en otros puede que sea más fácil incrementar el número de miembros activos.

Maloney y Robteutscher terminan la primera parte del libro ofreciendo una singular batería de indicadores que servirán al resto de los capítulos como marco de análisis de sus propias preguntas. Una de las ideas en las que Maloney y Robteutscher insisten es en la importancia de diferenciar el sector desde el cual cada asociación opera, pues no es igual el asociacionismo dedicado al ocio que el político o el orientado al mercado. Las asociaciones con un perfil político no son, además, las que tienen miembros más activos, lo que redundaría en la hipótesis que Jordan y Maloney apuntaron ya en 1997 sobre las nuevas organizaciones de carácter político en *The protest bussiness?*

Todos los capítulos muestran un manejo de la literatura contemporánea ejemplar, pero la propia estructura del libro es la que permite hacer un seguimiento de las diferentes conclusiones a las que llegan los investigadores, al estar siempre relacionadas a esos indicadores que los editores describen al principio. De esta manera, cada capítulo aborda una cuestión particular, pero la misma será analizada a partir de su relación con los indicadores planteados (densidad asociativa, capacidad de movilizar la membresía, sector de la asociación, etc.). Este hilo conductor, muy bien trabado desde el principio, va incluso a difuminar algunas diferencias de apreciación entre unos investigadores y otros, tarea difícil en un trabajo colectivo. Así, capítulo a capítulo, el libro ofrece un panorama analítico del asociacionismo muy sugerente, que no escatima una discusión con las teorías normativas predominantes.

Después de una visión general del universo asociativo, la segunda y tercera parte del libro nos lleva entonces a visualizar el rol, la estructura y las funciones de las asociaciones, así como las variables contextuales que pueden ayudarnos a entender mejor el asociacionismo. En este recorrido, por el que nos llevan de la mano los diferentes investigadores, descubriremos que gran parte de las actividades internas de las asociaciones son instrumentales, aunque podremos diferenciar las actividades por el tipo de asociación, así como la relación entre la orientación de sus acciones y sus estructuras (Lelieveldt, Astudillo y Stevenson). Podremos observar que la estructura interna de las asociaciones es más vertical que horizontal por término medio y que ese rasgo no disminuye su capacidad de movilización interna, así como su capacidad

para captar miembros o realizar las tareas que supuestamente influyen positivamente en la democracia (Torpe y Ferrer). El resultado es desafiante. Frente a las organizaciones autónomas y estructuradas en red, el modelo clásico de las asociaciones secundarias tiene una firme presencia en el universo asociativo.

El predominio de las asociaciones secundarias nos adelanta algunas cuestiones de enorme interés para comprender el mundo asociativo. En este caso, Zmerli y Newton van a cuestionar que las asociaciones sean una fuente firme de cohesión social o de redes sociales. Los sesgos que las atraviesan disminuyen su capacidad relacional, lo que les lleva a afirmar que es optimista pensar que las organizaciones voluntarias pueden crear redes interrelacionadas densas. En diálogo con estos investigadores, Lelieveldt y Caiani parecen llegar a unas conclusiones diferentes. Aquí es quizá donde mejor podemos advertir la riqueza de la investigación colectiva. Ellos abordan el rol político de las asociaciones y cuentan para ello, sobre todo, con los contactos que aquéllas tienen con las administraciones. Desde esta perspectiva, ambos investigadores concluyen que las asociaciones desempeñan una labor importante en la política local, y que incluso las asociaciones que no son calificadas como no políticas, esto es, la mayoría, desempeñan también un rol político. Para Lelieveldt y Caiani, este rol político está vinculado a la cooperación interasociativa de forma recíproca, lo que pone en valor, según ellos, la capacidad de interrelación existente en el universo asociativo.

Kriesi, por su parte, diferencia dos tipos de asociaciones. El primero se estructura a partir

de una lógica de membresía, mientras el segundo presenta un perfil más profesional y orientado a seguir un objetivo. Las asociaciones profesionales suelen ser más grandes que las primeras y están más adaptadas a la fluidez y especialización de la vida contemporánea. Siguiendo el rastro de esta diferencia, Kriesi halla que el 90% del presupuesto con el que cuentan el total de las asociaciones es manejado por un 3,2% de éstas. Casi dos terceras partes del universo asociativo tienen un presupuesto inferior a 10.000 euros. El 1,4% de las asociaciones, por ejemplo, tiene el 80% del personal contratado en el universo asociativo. Esta asimetría da una idea de la concentración de recursos entre las asociaciones y el impacto que tiene en ellas la profesionalización.

Por último, el libro acaba con tres capítulos dedicados a estudiar la relación entre la estructura de las asociaciones y el contexto en el que aquéllas actúan. Los investigadores aquí emplean una muestra de ciudades diferente, ampliándola a catorce. Esta distinción resta comparabilidad, pero el hecho de que se utilicen también los mismos indicadores permite seguir un hilo conductor con el resto de los capítulos. Aquí descubriremos que el tamaño de las ciudades no tiene un impacto tan importante en la estructura de las asociaciones, lo que nos alejaría del proverbio tan extendido que lo pequeño es bonito (Baglioni, Denters, Morales y Vetter). Igualmente será difícil encontrar un patrón de comportamiento diferenciado entre ciudades más periféricas (como Bilbao o Sabadell) y ciudades situadas en el centro (como Alcalá de Henares). Las estructuras asociativas en dichas ciudades responden más a criterios endógenos que a cuestiones derivadas de la ins-

titucionalización política centro-periferia (Kriesi, Morales y Walter-Rogg).

El libro ofrece un panorama de las asociaciones en Europa muy interesante, que permite obtener una visión analítica de la estructura asociativa considerando su influencia sobre la participación política y la movilización de los miembros de las asociaciones. Lo más difícil de una obra colectiva es sustraer una lectura general, pero en ésta podemos vislumbrar una conclusión latente que, si bien los investigadores se retraen de mostrar de forma explícita, no deja de asomarse en muchos de los trabajos realizados. De alguna manera, esta obra abre un camino importante en la investigación, pues examina las asociaciones de tal manera que no podemos sino pensar que muchas de las generalizaciones que se han hecho sobre ellas normativamente se han exagerado. Puede que esta investigación sea sólo un inicio, pero ahí está el esfuerzo de 21 investigadores para decirnos que no se puede generalizar tanto sobre el efecto y la influencia de las asociaciones sobre la democracia. Las diferencias entre las asociaciones son muy significativas y su influencia sobre el vigor de las instituciones democráticas es un lugar de claroscuros.

Este volumen se complementa con otro realizado casi simultáneamente sobre los individuos. El conjunto ofrece posiblemente la visión más completa y rica sobre capital social y el asociacionismo a día de hoy. Son dos obras que merece la pena leer de la mano y que ofrecen un panorama sobre la participación contemporánea sin igual.

Ernesto GANUZA